

NARRATIVA		RESEÑAS
<p>En busca de poetas y monstruos</p> <p><i>El año del verano que nunca llegó</i> WILLIAM OSPINA Penguin Random House, Bogotá, 2015, 295 págs.</p> <p>EN EL primer epílogo de esta novela, la cuarta publicada por William Ospina, el narrador se pregunta por lo que ha escrito: “¿Era una novela, un ensayo o un diario de viajes?”. Sin duda, es todo eso reunido. Este perfil le otorga a <i>El año del verano que nunca llegó</i> su condición de novela contemporánea. La forma en que está escrita obedece a esas preocupaciones de los escritores actuales colombianos de mezclar los géneros e introducir el inestable y ondeante rasgo metaficcional. El lector siente el vaivén de estar en un terreno y en otro. De tal manera que es posible decir que nos hallamos ante una novela sobre el encuentro de unos poetas románticos ingleses en una villa de Ginebra, un ensayo sobre el monstruo y su permanencia en el tiempo y un diario de viajes de un escritor que se pasea por diferentes países del mundo.</p> <p>Todo inicia con la descripción de un fenómeno natural que descompensó el clima planetario. Se trata de la erupción de un volcán de Asia, quizá la más brutal de toda la historia geológica de los últimos siglos. Luego se dice cómo el narrador encuentra el tema de la novela que estamos empezando a leer: la reunión de unos jóvenes ingleses que fortalecerían el movimiento Romántico y que, pasada su convivencia en la Villa Diodati, en las afueras de Ginebra, entre el 16 y el 19 de junio de 1816, crearán el mito del monstruo artificial y el vampiro. Más tarde, en estos capítulos iniciales, y a través de una escritura de gran plasticidad, el narrador va construyendo sus cimientos para entrar progresivamente al primero de los poetas protagonistas: Lord Byron. Byron, de hecho, es el centro del libro durante las primeras cien páginas. Más tarde aparecen los otros: Percy Shelley, John Polidori y Mary Wollstonecraft Shelley.</p> <p>Sabiendo que una novela como esta ofrece diversas perspectivas interpretativas, debido a sus rasgos des-generados y metafccionales,</p>	<p>podría afirmarse que ella es ante todo un homenaje. Un hermoso homenaje de casi trescientas páginas a la poesía del Romanticismo. Sobre todo a esa poesía que prefirió la oscuridad y el terror, la rebeldía, el ateísmo y el anarquismo, y que habría de anticipar con sus grandes mitos (Frankenstein y el vampiro) nuestros días de ahora. Tal vez uno de los momentos más inquietantes del libro es ver cómo el narrador propone una filigrana analítica entre el <i>Frankenstein</i> de Shelley y la inteligencia artificial y los computadores. Los poetas ingleses románticos, y su imaginario literario, son entonces el núcleo de las historias narradas. Con todo, en estas páginas se establece una valoración tal que su visión abarca a los poetas románticos alemanes (Goethe, Novalis y Hölderlin) y a los escritores franceses que preparan la Revolución francesa (Voltaire y Rousseau). Sin olvidar que, tratándose de manera esencial de la poesía escrita en las primeras décadas del siglo XIX, las consideraciones sobre la literatura de este país se hunden en el manantial insoslayable de William Shakespeare. Así, quien haya transitado la obra ensayística de William Ospina (<i>Es tarde para el hombre</i>, <i>Un álgebra embrujada</i> y <i>La decadencia de los dragones</i>), concluirá que <i>El año del verano que nunca llegó</i> es una suerte de apoteosis. Una culminación afortunada en la que se confabulan una perplejidad sin descanso y un conocimiento profundo de una literatura.</p> <p>Algunos lectores reprocharían a la novela su visible rasgo ensayístico o su expansión en lo que tiene que ver con las notas de viaje. El narrador, en realidad, mientras idea y escribe el libro, se la pasa de un lugar a otro y va contando sus impresiones de Quito, París, Roma, Buenos Aires, Ginebra, Londres. Pero, en todo caso, es esta mezcla de reflexión e interpretación del ensayista con la descripción y emotividad del viajero lo que provoca una movilidad entusiasta y lúcida en la lectura. También, podría alegarse que Ospina, fiel a sus propósitos, ha escrito una novela que solo los poetas podrían degustar con mayor intensidad. Quizá esto sea cierto, pero no es algo negativo. Justamente lo que ofrece esta novela, en un ámbito narrativo colombiano poblado de obras</p>	<p>procaces y precarias estilísticamente hablando, es una propuesta anclada en una escritura poética en la que la paleta verbal resplandece con magnificencia.</p> <p>Sé que en varias críticas sobre la trilogía de la conquista de Ospina (<i>Ursúa</i>, <i>El país de la canela</i> y <i>La serpiente sin ojos</i>), he señalado el peligro que hay en entregar una obra narrativa a una maquinaria poética basada en largas y retóricas descripciones de la naturaleza, o en apologías incesantes de sus personajes principales. Dije que estas novelas, por lo demás tan celebradas, tenían un talón de Aquiles, y que él estaba modelado por las maneras en que el artificio poético malogra la necesaria eficacia de la intriga exigida por la misma narrativa. Pero todo esto no se presenta en la nueva novela de Ospina. Aquí hay, por fin, un logrado equilibrio. Es verdad que todavía aparecen párrafos en que dominan las peligrosas enumeraciones de clara intencionalidad poética, pero lo que prevalece en <i>El año del verano que nunca llegó</i> es un juego narrativo en el cual se abrazan con certeza el apunte del viajero, la lucubración del ensayista y el canto del poeta.</p> <p>Todos los personajes de la novela, hasta los amigos que va encontrando este narrador, en sus recorridos por Europa y América, son escritores o seres humanos que poseen una relación directa o indirecta con la escritura. Pero los que tienen que ver con aquellos días de junio de 1816 son personajes trágicos. Mueren prematuramente, se suicidan, están en pugna con el mundo frenético y guerrero que los rodeó. Son unos jóvenes poetas que sabían que lo que estaban realizando en sus vidas, tan agitadas como efímeras, era un acto de suprema liberación. Es muy posible que esta persecución de azares y de sombras, así define el narrador de la novela la aventura que significa escribirla, no sea más que un gesto de gratitud hecho por Ospina. Gratitud que surge de esa sutil y honda red que la novela manifiesta entre unos poetas del siglo XIX con un poeta colombiano que escribe sobre ellos en el siglo XXI.</p> <p>Acaso el tema más sobresaliente de la novela es el de la relación entre el poeta y el monstruo. Es decir, ese deseo que hermana a Dios con los ar-</p>

RESEÑAS		NARRATIVA
<p>tistas. Crear un ser que en la historia de la literatura moderna ha sido llamado Golem y Frankenstein, y que en la literatura de ciencia ficción se puebla de androides o clones arrasados por la angustia de la existencia. Ambos, Dios y los artistas, como lo dice el narrador son “eternos aprendices de hechicería, jugando a combinar elementos inertes para hacer surgir algo vivo”. <i>Frankenstein</i>, escrito por Mary Wollstonecraft Shelley, y <i>El vampiro</i> por John Polidori, pero ideados en la casa de la Villa Diodati durante esos días oscuros y fríos provocados por la erupción de un volcán distante, terminan enlazándose con el paisaje tecnológico de nuestros días. Se unen porque los inventores de unos (las criaturas literarias) y de los otros (el computador y su <i>software</i>) pertenecen al mismo clan de amigos y de familiares.</p> <p><i>El año del verano que nunca llegó</i> es una novela que irriga de frescor cosmopolita y de inteligencia interpretativa el ámbito de la actual narrativa colombiana. Con paradigmas como estos, ella retoma los cauces que modernistas de las tendencias regionales rechazaron con vehemencia en algún momento. Recuérdese que Germán Espinosa pedía para el país una novelística en la que las ideas y no solo la simple anécdota tuvieran su espacio. Espinosa mismo, los casos no son muchos en una geografía literaria atafagada desde hace unos años por los formatos del periodismo narrativo y la novela criminal, trató de llenar ese vacío. Sospecho que esta novela de Ospina toma la dirección solicitada por el Espinosa de <i>El signo del pez</i>. En <i>El año del verano que nunca llegó</i> se está, simplemente, en el centro de un mundo literario en el que las pueriles fronteras de la identidad caras a la nación, no existen. Esto se da así porque la novela se concentra en unos personajes que se volvieron universales en la recreación del espanto, del horror y del sueño. También, porque el narrador que persigue estos fantasmas está alejado, felizmente, de las opresivas y violentas y manidas temáticas colombianas.</p> <p style="text-align: right;">Pablo Montoya</p>		